

CAPÍTULO XXII.

DEL TERCER GRADO DE LOS INCIPIENTES, QUE ES EL PROPÓSITO  
DE LA ENMIENDA.

**E**L dolor de los pecados, si es verdadero, tiene encerrado en sus entrañas el propósito de la enmienda; porque no le pesa de haber pecado al que no está con resolución de no pecar otra vez. Y así dice san Bernardo <sup>1</sup>: Verdadera confesion y verdadera penitencia es, cuando de tal manera le pesa á uno de su culpa, que no torna á recaer en lo mismo de que le ha pesado; y en el mismo sentido dice san Gregorio <sup>2</sup>: Hacer penitencia es llorar los pecados cometidos, y no cometer los pecados que se han de venir á llorar; porque el que de tal manera llora unos, que de nuevo comete otros, ó finge y disimula, ó no sabe qué cosa es hacer penitencia.

De este propósito de la enmienda hace siempre mencion nuestro santo Padre en los coloquios de la primera semana, cuando está la oracion más fervorosa; porque en el coloquio del primer ejercicio dice así <sup>3</sup>: *Otro tanto mirando á mí mismo lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, etc.* porque aquella palabra, *lo que debo hacer por Cristo*, no solamente significa propósito de enmendar las culpas,

<sup>1</sup> Bern. De inter. Domo, c. 52.—<sup>2</sup> Greg., hom. 34, in evang.  
<sup>3</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, 1.<sup>er</sup> Ejerc.

sino de hacer grandes y particulares servicios en honra de aquel Señor á quien hemos ofendido con nuestros pecados. Lo cual ponderó tambien san Gregorio en el lugar arriba citado, cuyas palabras son estas: Muy poco es decir, que el que llora sus pecados, llorando unos no haga otros. Porque muy atentamente se ha de considerar y advertir que el que ha cometido cosas ilícitas debe abstenerse tambien de algunas lícitas; para que de esta manera satisfaga á su Criador, mortificándose en las cosas permitidas el que se dejó llevar de su gusto en las vedadas, y castigándose en las pequeñas el que le acusa su conciencia de haber delinquido en las mayores. Esta doctrina, que en este lugar y en otros encarece tanto san Gregorio, es la que nuestro santo Padre significó en aquella palabra, *lo que debo hacer por Cristo*. Y el mismo propósito de la enmienda repitió en el coloquio del segundo ejercicio, cuando dice: *Razonando y dando gracias á Dios porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo enmienda con su gracia para adelante.* Y en el coloquio de la primera repeticion, la segunda cosa que pide es: *Gracia para que sienta el desorden de mis operaciones, para que aborreciéndome me enmiende y me ordene, etc.*

Pero aquí es de notar, que cuando decimos que el tercer grado de los incipientes es el propósito de la enmienda, no hablamos de aquel propósito que acompaña necesariamente el acto de la contricion; porque esto no fuera dar otro paso más adelante, sino quedarse en el mismo dolor de las culpas, de que hablamos en los capítulos pasados. Y para entender esto se debe advertir, que el propósito de la enmienda, que basta para perdonarse el pecado y volver en gracia de Dios, y el que está encerrado en la misma naturaleza y esencia de la contri-

cion, suele ser en los principios tan flaco, y combatido de enemigos tan fuertes, que el mismo que hace el propósito apenas espera que podrá salir con él; pero al fin lo propone cuanto es de su parte; y con eso de presente se justifica, ó con el sacramento de la confesion, ó antes de recibirle con el propósito de confesarse, cuando el dolor es perfecto, que llamamos contricion. Este peligro de volver á los pecados, que hace ser tan flaca la esperanza del penitente, nace de las pasiones y malas inclinaciones que han tomado fuerza con la costumbre, y arrastran y llevan cautiva la voluntad: justa pena que sigue al peccador, como dice san Agustin; el cual escribe de sí mismo, que con la fuerza de la pasion temia en cierta manera verse desembarazado de los estorbos que le impedian el servir á Dios, cuando fuera justo temer el ser embarazado de ellos. Andaba, dice <sup>1</sup>, suavemente fatigado con esta carga del siglo, como suele hallarse un hombre fatigado con el sueño; y los pensamientos que tenia de Dios eran semejantes á los desperezos y meneos de los que duermen, y procurando despertar, con la fuerza del sueño se vuelven del otro lado, y tornan á dormir. Donde con gran propiedad la suavidad con que hace violencia el deleite y la costumbre, la compara á la violencia del sueño, que es una de las mayores que padecemos, y no se puede vencer sino con grande conato y resistencia.

Y es así, que en la materia que tratamos una fuerza se ha de vencer con otra fuerza, y una costumbre con otra costumbre, hasta que enflaquecidos los enemigos se desahogue la esperanza, y salga uno de aquel peligro

<sup>1</sup> Lib. 8, Conf., c. 5.

próximo y moral de recaer en las primeras culpas. Porque perseverando en este cuidado y ejercicio se van debilitando nuestros enemigos; y los que al principio estaban sobre nosotros, y nos tenian como cautivos y presos, despues se van apartando; y aunque no dejan de tentar, pero hablan como de lejos, hasta que lo vienen á estar tanto que apenas se oyen sus malas sugestiones. Notó en sí mismo esta diferencia el bienaventurado san Agustin, el cual habiendo dicho <sup>1</sup>, que aquella voluntad nueva que le inspiró Dios al principio de su conversion para servirle, aún no estaba tan robusta que pudiese vencer la voluntad antigua viciosa, que habia tomado fuerza con la costumbre; despues pasando más adelante, y comparando el estado presente con la flaqueza de aquellos principios, dice así <sup>2</sup>: Las liviandades y lazos, y aquellas vanidades vanísimas de mi antigua amistad, me detenian y como me trababan de la vestidura de mi carne, y susurrando me decian: ¿Cómo, qué nos has de dejar? Y ¿qué desde este momento jamás estaremos contigo? Y ¿que de aquí adelante no te será lícito esto ni aquello? ¡Ay Señor! ¿qué cosas eran las que me representaban debajo de esto y de aquello? Apartadlas, Señor, por vuestra misericordia del ánima de este vuestro siervo. Yo las oia como de lejos, y ya no las oia todo yo, sino la menor parte de mí; ni me hacian guerra poniéndoseme ya delante, sino, como viniendo tras mí, y siguiendo mis pasos, me asian y murmuraban, para que volviese los ojos atrás y las mirase cuando me decia la costumbre violenta: ¿Piensas tú que podrás vivir sin estas cosas? aunque lo decia ya con gran tibieza. Y el mis-

<sup>1</sup> Lib. 8, Conf., c. 5. — <sup>2</sup> Ibid. c. II.

mo Santo hablando del estado en que se hallaba siendo viejo, y al mismo tiempo que escribía el libro de sus *Confesiones*, dice así <sup>1</sup>: Todavía viven en mi memoria las imágenes de las cosas torpes, que con la mala costumbre hicieron asiento en ella, y cuando estoy despierto se me ofrecen, aunque flacas y sin fuerza. Esto que dice san Agustín de sí mismo sucede á todos los que se ejercitan con fervor y perseverancia, por donde el propósito que á los principios era flaco viene á tomar fuerza para rendir y sujetar la tiranía de la pasión y la violencia de la mala costumbre, hasta alcanzar con la divina gracia perfecta victoria de los enemigos.

Esta diferencia que va de un propósito firme y determinado de no pecar, á un propósito tibio y flaco, declaró maravillosamente nuestro santo Padre en la regla doce de las primeras de discreción, que se hicieron para dirección de las principiantes. Porque el propósito firme pone temor y hace huir á nuestro enemigo; y el propósito tibio y remiso antes le pone ánimo para tentarnos con mayor porfía, hasta salir con la victoria. Y sus palabras son estas: *El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza, y fuerte de grado. Porque así como es propio de la mujer, cuando riñe con algun varon, perder ánimo dando huida cuando el hombre le muestra mucho rostro; y por el contrario, si el varon comienza á huir perdiendo ánimo, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y tan sin mesura; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecerse y perder ánimo, (dando huida sus tentaciones), cuando la persona que se ejercita en las cosas espirituales pone mucho rostro contra las tentaciones del enemigo haciendo el opósito per diametrum. Y por el contrario, si la persona*

<sup>1</sup> Lib. 10, Conf., c. 30.

*que se ejercita comienza á tener temor, y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra, como el enemigo de natura humana en prosecucion de su dañada intencion con tan crecida malicia.* Todas éstas son palabras de nuestro santo Padre, en que declara la manera de propósito que pedimos á los principiantes en este tercer grado. El cual propósito y resolución mostraba tener el santo rey David, cuando decía <sup>1</sup>: *Juravi, et statui custodire judicia justitiæ tuæ.* Jurélo, dice, y determinélo firmemente de guardar tus mandamientos; que esto llama, los juicios de tu justicia. Y en otra parte hablando del justo <sup>2</sup>: Su corazón está aparejado para esperar en el Señor, su corazón ha cobrado brío y firmeza; no se turbará ni volverá atrás, hasta que mire debajo de sí á sus enemigos.

A este dolor y propósito de la enmienda, de que hemos tratado, ha de acompañar ó seguirse la confesión sacramental, de la cual trata nuestro santo Padre á la entrada de la primera semana; y de ella diremos lo que convenga á nuestro propósito, cuando se trate de los demás ejercicios de los incipientes en la segunda parte de este tratado.

<sup>1</sup> Psalm. CXVIII, 106. — <sup>2</sup> Ibid. CXI, 7, 8.

### CAPÍTULO XXIII.

DE CUARTO GRADO DE LOS INCIPIENTES, QUE ES HUIR  
DE LAS OCASIONES.

**D**ESPUES de haber peleado con la pasión y con la mala costumbre, que son enemigos que están dentro de nosotros, y despues de haber cobrado esfuerzo en el propósito de la enmienda, síguese el cuarto grado en que se deben fundar los incipientes; que es el propósito de quitar todas las ocasiones de pecados que están fuera de nosotros. Y digo todas las ocasiones, porque unas hay que llamamos próximas, y son aquellas que nos ponen en peligro moral de recaer en culpas graves: y el propósito de dejar estas ocasiones está encerrado en el dolor de los pecados, y en el propósito de la enmienda, que es necesario para ponerse en estado de gracia; porque no se puede llamar verdadero dolor, ni verdadero propósito de enmendarse, cuando no se quitan con efecto aquellas ocasiones que, moralmente hablando, han de ser tropiezo para caer en las mismas culpas. Mas así como decíamos que el tercer paso de esta jornada no era cualquier propósito de la enmienda, sino el propósito de llevar adelante la guerra contra la pasión y contra la mala costumbre, hasta quedar con esperanza de salir con victoria; así este cuarto grado, no es cualquier propósito de quitar las ocasiones próximas de caer en culpas gra-

ves, sino el propósito de quitar todas aquellas ocasiones que estando fuera de nosotros pueden de cualquier manera inquietar nuestras pasiones, y dar fuerza y ayudar á nuestra mala costumbre. De lo cual se ve ser este grado diferente de los pasados, y superior á ellos; pues puede acaecer que un hombre de mucha virtud, y muy purificado de vicios y pasiones, por no haber renunciado del todo el gusto de los sentidos, y cerrado la puerta á los enemigos de fuera se le vuelva otra vez la muerte á entrar por las ventanas, como dijo Jeremías <sup>1</sup>, y como se le entró á David por la vista poco recatada de la mujer agena <sup>2</sup>. Por lo cual gravemente dijo san Basilio, que no tan solamente hemos de procurar poner en razón los movimientos secretos de nuestro pensamiento, sino cuanto fuere posible huir muy lejos de todas aquellas cosas, que puestas delante turban y oscurecen la lumbre de la razón, y despiertan guerras y congojas en el alma, renovando las memorias de los deleites vedados. Porque sufrir un hombre la guerra que sucede contra su intención y fuera de su voluntad, tal vez es cosa forzosa, y que no se puede excusar; pero tomarse el mismo la guerra por sus manos, no puede ser sino de extremada locura.

Este propósito y ejercicio de quitar todas las ocasiones de fuera que nos pueden despertar alguna guerra acá dentro, es un ayuno general de todos los deleites y entretenimientos que se perciben por los sentidos, no queriendo tomar de ellos, sino cuanto y como, y en aquel tiempo y lugar, y en aquella tasa y medida que nos pudiere ayudar á nuestro mayor provecho espiritual, mortificando todo lo demás, aunque sea lícito y permiti-

<sup>1</sup> Jer. IX, 21. — <sup>2</sup> II Reg. XI, 2.

do, por estar más lejos y seguros de lo que es ilícito y vedado. Veamos lo que acerca de esto nos enseña san Juan Crisóstomo con su divina elocuencia. Acabemos ya, dice este Santo <sup>1</sup>, de conocer los lazos, y huyamos lejos de ellos; conozcamos los despeñaderos, y no nos acerquemos á ellos. Esto será para vosotros ocasion de grande seguridad, no solamente huir los pecados, sino tambien las cosas, que aunque parecen indiferentes, pero tales que nos incitan á pecar, como seria el reir y decir palabras jocosas y de risa. No parece que esto es pecado manifiesto, pero llévanos á manifiesto pecado. Porque muchas veces de la risa nacen palabras torpes, y de las palabras torpes obras más torpes y deshonestas. Muchas veces de la conversacion y de la risa nacen injurias, y de las injurias se suele venir á las manos, y proceder á golpes y á heridas, y de las heridas y golpes vienen á resultar al fin los homicidios. Pues luego si quieres mirar por tu provecho, no solamente debes huir de las palabras y obras torpes, ni solamente de las heridas y homicidios, sino tambien de la risa demasiada, y de las palabras livianas y chocarrerías; porque estas cosas suelen ser fuente y raiz de los demás pecados que se siguen de ellas.

Esta misma doctrina que nos enseña san Juan Crisóstomo, y esta circunspeccion y recato á que nos exhorta, nos enseña tambien el bienaventurado san Efren por estas palabras <sup>2</sup>: Cuando somos incautos y negligentes en cerrar y guardar las puertas de nuestra alma, ¿por ventura no hacemos traicion á nuestra salud, dando libre la entrada á nuestros enemigos? Cuando usa-

<sup>1</sup> Crisost. hom. 15 ad populum. — <sup>2</sup> S. Ephren, t. 1, sermone de patientia et compunctione.

mos libremente de nuestros ojos para mirar atentamente lo que no conviene, como quiera que al que se ejercita en la virtud no le sea lícito ni seguro mirar ni áun á su propio cuerpo, ¿por ventura con esto no buscamos daño para nosotros mismos? Cuando tambien aplicamos nuestro oido á rumores vanos y á cantares livianos y deshonestos, ¿no tomamos el mal con nuestras propias manos? De la misma manera es en los demás sentidos; porque nuestra lengua la ensuciamos con murmuraciones y palabras deshonestas, nuestro olfato con olores profanos, y nuestras manos tocando desordenadamente lo que no conviene, y nuestros piés cuando no los enderezamos y y guiamos por el camino de la paz. Cuando así hacemos estas cosas, ¿cómo podemos cumplir con la obligacion que tenemos á Dios, pues en materia de virtud y de mortificacion apenas nos levantamos un dedo de la tierra? Y ¿cómo es posible, que estando encendido el fuego podamos detener el humo que se nos entre por las puertas que están abiertas? Pues luego si quieres echar el humo de tí cierra bien tus puertas; porque con las imágenes y figuras que entran por los sentidos no se te ponga tu casa negra, y ahumada. En el invierno cierras bien tus ventanas, porque no reciba tu cuerpo daño con el frio. Y siendo así que hacemos todas estas diligencias para provecho del cuerpo, ¿cómo para el provecho del alma estamos tan perezosos? Todo esto es de san Efren, que en tantas comparaciones y razones, nos enseña y persuade lo que importa poner guarda en los sentidos para defendernos de los enemigos que nos hacen guerra por ellos.

Y que sea este ejercicio muy propio de los incipientes, y de esta primera jornada, que llamamos purgativa, claramente se ve; porque poco sirve purificar el alma de

los pecados pasados y de los malos hábitos y pasiones que están dentro de nosotros, si por otra parte están patentes y abiertos los albañales por donde entra otra tanta inmundicia al corazón. Porque la vista y el oído, el gusto, el olfato y el tacto, como dice san Gregorio<sup>1</sup>, son como unas puertas ó ventanas por donde el alma se sale fuera de sí y se aficiona á los bienes exteriores, que no tiene dentro de sí, y cualquiera que mira incautamente por estas ventanas del cuerpo, muchas veces sin pensar ni querer se enlaza en el deleite del pecado, y enredado en sus mismos deseos, empieza á querer lo que antes no quería; porque el alma que no se previene para no mirar lo que puede desear, cegándose, despues comienza á desear lo que miró. Y por mucho peso y gravedad que tenga el espíritu, los sentidos del cuerpo hacen siempre brega por defuera con inquietud pueril; y si no son refrenados con el peso y gravedad del hombre interior, se llevan tras sí el alma flaca y aniñada á cosas livianas y perecederas. Esta guarda de los sentidos, de que aquí habla el glorioso y bienaventurado san Gregorio, es la que tanto nos encomienda nuestro santo Padre cuando dice<sup>2</sup>: *Todos tengan especial cuidado de guardar con mucha diligencia las puertas de sus sentidos, en especial los ojos, oídos y lengua, de todo desórden, etc.* Este es aquel rigor que se pide al que hace ejercicios, en las adiciones 7, 8, 9, donde se dice<sup>3</sup>: *Privarme de toda la claridad para el mismo efecto, cerrando ventanas y puertas el tiempo que estuviere en la cámara, sino fuere para rezar, leer y comer. No reir, ni decir cosa motiva á risa. Refrenar la vista, excepto al recibir ó al despedir de persona con quien hablare, etc.* Y

<sup>1</sup> Greg., l. 21, mor., c. 2. — <sup>2</sup> 3. p., c. 1, § 4. — <sup>3</sup> 1.<sup>a</sup> Semana Adic.

aunque es verdad que se dan estos avisos para el tiempo retirado de los ejercicios, pero tambien se deben entender en su proporcion para todo tiempo; pues en todo tiempo se debe uno ejercitar procurando andar siempre adelante en la via del divino servicio.

Para mejor alcanzar este recogimiento de los sentidos, el único medio es tener verdadero conocimiento de las cosas del mundo como ellas son, y desprecio de las vanidades que hay en él; para que el engaño comun que los hombres tienen acerca de esto, no nos inquiete y solicite para querer gozarlas por medio de los sentidos. Este conocimiento y desprecio nos enseña á pedir nuestro santo Padre en el coloquio de la primera peticion, donde propiamente practica este cuarto grado de que vamos tratando: dice así<sup>1</sup>: *La tercera pedir conocimiento del mundo, para que aborreciendo aparte de mí las cosas mundanas, etc.* Este conocimiento que es principio de aborrecer y apartar de sí las cosas mundanas, se alcanza en gran parte por medio de la meditacion de la muerte, que para este fin se suele y debe platicar en este lugar. Porque, como dice el bienaventurado san Gregorio<sup>2</sup>: El que considera cual ha de estar en la muerte, se gobierna con temor en la vida, y empieza á vivir de veras en los ojos de su Criador, porque en los suyos se mira ya como muerto. No desea ninguna cosa transitoria; resiste á todos los deseos de la vida presente; y, porque tiene por cierto que ha de morir, se mira ya como si estuviere muerto. Y porque la vida perfecta no es otra cosa sino una imitacion de la muerte, por eso los justos se libran de los lazos de las culpas, porque estando vivos tratan de hacerse semejantes á los muertos. ¿Qué cosa se podia

<sup>1</sup> 1.<sup>a</sup> Semana, 4.<sup>o</sup> Ejerc. — <sup>2</sup> Greg., l. 13 mor., c. 15.

decir más clara ni más verdadera? Y ¿qué otro ejemplo más conocido se podía proponer á los que desean la perfeccion, como lo es el de los muertos? Los muertos no ven ni oyen, no hablan ni se quejan, no desean ni discurren vanamente, ni el alma como está ausente se puede divertir por estos sentidos. Y vosotros, dice el Apóstol <sup>1</sup>, estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Y estando vuestra vida toda en Dios, ha de ser como si el alma no estuviera presente en el cuerpo, sino para las cosas que pertenecen á la honra y servicio de Dios. El que de esta manera se mira y se trata como si ya estuviera muerto, ha cerrado la puerta y cortado de raiz todas las ocasiones de fuera, que le pueden inquietar para recaer en los pecados pasados. Y este es el cuarto grado de la via purgativa de que vamos tratando.

#### CAPÍTULO XXIV.

DEL QUINTO GRADO DE LOS INCIPIENTES, QUE ES EL TEMOR DE DIOS.

**E**L quinto y último grado de esta primera jornada, es el temor de Dios, el cual ha de ser como el ayo, y la guarda, y el fiador de los principiantes para que pasen adelante en su camino, y no se vuelvan atrás cuando les diere el olor de los ajos y cebollas, y les vinieren á

<sup>1</sup> Ad Col., III, 3.

la memoria las ollas que solian comer en Egipto. Porque así suele suceder, que olvidados muchas veces de la miseria de la esclavitud pasada, toman fastidio con el maná que baja del cielo, y desean aquellos manjares groseros de que entonces se hartaban. Quiero decir, que el temor, así como es el que dió principio á nuestra justificacion, y nos arrancó de los temores del mundo y de los deleites de la carne; así es á los principios el fiador para no volver á ellas hasta que se perfecciona y se hace robusta la caridad. Y así despues de haber andado los pasos que hemos declarado, conviene afirmarse y fortalecerse en el temor de Dios. Lo cual deseaba y pedia el santo profeta cuando decia <sup>1</sup>: *Consigne timore tuo carnes meas*: Enclava, Señor, mis carnes con tu temor; conviene á saber para que yo esté firme y fijo en tu servicio. Y lo mismo significó el Eclesiástico cuando dijo <sup>2</sup>: Hijo, cuando te determinares de servir á Dios, está firme en la justicia y en el temor, y apareja tu alma para la tentacion; y porque este santo temor no solamente es bueno para los principiantes, sino para todos estados y para todas edades, añadió luego el Espíritu santo: conserva siempre y guarda el temor de Dios, y persevera en él hasta la vejez.

Este temor suele ser de cuatro maneras, segun que decíamos arriba, que habia cuatro motivos diferentes para aborrecer las culpas; porque el uno nace de temer á Dios por la pena con que castiga á los malos, segun que dijo el Salvador <sup>3</sup>: No querais temer aquellos que quitan la vida al cuerpo, y no se la pueden quitar al alma; sino antes temed á aquel que puede condenar el

<sup>1</sup> Ps. CXVIII, 120. — <sup>2</sup> Eccli. II, 1. — <sup>3</sup> Math. X, 28.  
CAM. ESP.